

ellos (página 711), que en Lisieux el obispo Hennuger se opuso al furor de muchos hombres, que el gobernador no podía contener; tan escitados sentíanse al asesinato por el ejemplo, por la avaricia ó por el resentimiento. Es, pues, una impostura infame el hacer ver en aquellos ministros de la venganza de Carlos IX el furor religioso de frailes armados de crucifijos y puñales, como á Voltaire le plugo inventar, y como una ópera moderna harlo famosa nos los representa en el siglo XIX. Si á la noticia de aquel terrible golpe de Estado se tributaron á Dios solemnes acciones de gracias en Roma, si Gregorio XIII fué procesionalmente de la iglesia de San Marcos á la de San Luis, si hizo acuñar una medalla, etc., todas esas demostraciones tuvieron por único y verdadero origen, no la malanza de los hugonotes, sino el descubrimiento y el fracaso de la conspiracion tramada por estos, ó por lo menos de la cual el rey de Francia les acusó formalmente en un mensaje enviado á todas las córtes de la cristiandad. Más tarde la verdad fué conocida con todos sus pormenores, y el Soberano Pontífice, por sus discursos y bulas, manifestó públicamente su horror respecto de un crimen semejante.

Cuatro palabras sobre el número por demás exagerado de las víctimas del San-Bartolomé. Es cierto que ningún historiador ha dicho la verdad sobre el asunto, puesto que no se encuentran dos cifras que concuerden entre sí. La prueba evidente tambien de la exageracion y de la falsedad está en que, á medida que los tiempos en que escriben los autores son más lejanos, estos complácense en aumentar el número de las víctimas, como si él no fuera ya asaz espantoso de suyo: así Papyn-Masson, contemporáneo, cuenta diez mil; el *Martirologio calvinista*, casi contemporáneo, cuenta quince mil; La Popelinière, más de veinte mil; De Thou, treinta mil; Sully, sesenta mil; Perifixe, cien mil. Aquel, pues, que tenia el mayor interés en no omitir nada y la más violenta propension á exagerar, el *Martirologio calvinista*, hállase sumamente distante

de la cifra enorme de cien mil con esta particularidad sorprendente que quita todo valor á su testimonio. Si él quiere en general el número de personas que perecieron, sólo encuentra *treinta mil*; si al detalle, no encuentra más que *quince mil ciento treinta y ocho*, y si desciende á los nombres propios, no puede contar ya más que *siete-cientos ochenta y seis*. Así en París él indica en globo mil muertos, en detalle cuatrocientos ocho, nominalmente ciento cincuenta y dos. Por una cuenta de las Casas Consistoriales de París vése que los prebostes de los comerciantes y regidores habian hecho enterrar los cadáveres en las inmediaciones de Saint-Cloud, Auteuil y Chaillot, en número de *mil cien*. Admitiendo con la Popelinière, historiador calvinista el más contemporáneo, que no se diera muerte en París más que á mil personas aproximadamente, sería casi cierto que en aquel gran día de duelo, la cifra total de las víctimas en Francia no llegó á la cifra de dos mil: ¿es ya demasiado!

Una observacion todavía. Se ha querido suponer que Carlos IX hizo fuego contra los hugonotes en la mañana del San-Bartolomé; y para perpetuar esa odiosa calumnia, repetida de siglo en siglo, la Comuna de París decretó en 1793, *que fuera colocado un poste infamante en el sitio mismo desde el que Carlos IX tiró sobre su pueblo*, es decir, delante de la ventana del gabinete de la reina, hoy sala de antigüedades. Empero es lo cierto que dicha parte del Louvre no fué construida hasta hácia el fin del reinado de Enrique IV, y que Carlos IX, por consiguiente, no pudo ocultarse ni emboscarse allí. Preciso ha sido, pues, trasladar la odiosa escena al Petit-Borbon, hoy demolido; mas Brantome mismo, el terrible acusador, dice que el rey tiró desde la ventana de su cuarto. Ahora bien, el aposento del rey hallábase en el Louvre, y hé aquí que el autor de un libelo (hugonote del 1579: *La asonada contra los matadores y autores de los disturbios en Francia* (*Archivos curiosos*, 1.ª serie, tomo VII, Cimbés y Danjou), encargóse providencialmente, siete años solamente despues

del San-Bartolomé, y quince años antes de la calumnia de Brantome, de vengar la memoria de Carlos IX: «Bien que hubiera podido creerse que, siendo la carnicería tan grande, era capaz de satisfacer la crueldad de un joven rey, de una mujer y de muchas de las autoridades de su séquito, sin embargo ellos parecían tanto más duros en cuanto el mal crecía á sus ojos; puesto que el rey por su lado no reparaba mucho en mostrar su saña, no porque *él pusiera sus manos en la obra*, sino porque ordenaba que se le diera conocimiento de los nombres de los asesinados ó de los prisioneros á fin de que se deliberara sobre aquellos cuyas vidas convenia conservar ó sacrificar.»

Háse llevado el odio más lejos todavía; háse querido contar entre las víctimas del rey al ilustre escultor Juan Goujon, y su cirujano más ilustre todavía, Ambrosio Paré. Mas Juan Goujon no murió en la noche del San-Bartolomé; su nombre no figura de ningun modo en los martirologios protestantes; y un escritor de aquel tiempo afirma que la reina Catalina de Médicis le había hecho advertir que no saliera de su casa. En cuanto á Ambrosio Paré, él era católico, muy buen católico, y fué enterrado en la iglesia de San Andrés-des-Arts. ¡Oh Brantome, Brantome! Hé aquí, no obstante, los hombres sobre la fé de los cuales se osa todavía en nuestros días escribir la historia!

Las matanzas de Beziers. Cesario, monje de la abadía de Histerbach, refiere así la toma de Beziers: «Los cruzados llegaron á una gran ciudad llamada Beziers, en la cual decíase que había habido *más de cien mil hombres*, y le pusieron sitio. Algunos soldados, inflamados del celo de la fé, habiendo tomado algunas escalas, asallaron los muros con arrojó, y forzando las puertas, hicieron dueños de la ciudad... Al saber, por confesion misma de los herejes, que algunos católicos se hallaban en sus filas, dijeron al abate (Arnaud abate de Citeaux): «¿Qué harémos, señor? No podemos distinguir los buenos de los malvados.»—*Héridales, porque el Señor sabe cuáles son los suyos.* Otros pusieron

esa sentencia cruel en boca de Milon, secretario del Papa y legado de la Santa-Sede bajo esta forma: *¡Malados á todos!* Y haciéndose eco de estas palabras aventuradas, M. Guizot, en su contestacion al discurso de recepcion del R. P. Lacordaire, osó decir en plena sesion pública de la Academia francesa al ilustre dominico: «Hace seis-cientos años, señor, si mis correligionarios de aquel tiempo os hubieran encontrado, os hubieran acometido con cólera, y los vuestros, celosos para enardecer á los vencedores contra los herejes, hubieran exclamado: Hérid, herid siempre; Dios sabrá bien reconocer á los suyos.» Cómo pudo Guizot incurrir en ese juego de imaginacion, él, cuya *coleccion* de crónicas relativas á nuestra historia nacional contiene seis obras en que la toma de Beziers es referida con más ó menos detalles, sin que se haga allí la más ligera mención de una circunstancia har-to notable para ser pasada en silencio. Cinco autores contemporáneos, en su mayoría testigos oculares, relataron el sitio con todos sus pormenores; y Cesario solo, á dos-cientas leguas de distancia, hubiera oído la pretendida exclamacion de Milon ó de Arnaud? No solamente no fué oída, sino que es de todo punto imposible que fuera preferida; puesto que hé aquí, segun algunas autoridades muy seguras, como las cosas se pasaron. Algunos de los sitiados hicieron una salida. Un cruzado que se había adelantado sobre el puente de Beziers cae acorbillado de flechas. A tal ataque inesperado, los *truhanes* encendidos en coraje lánzanse como un solo hombre sobre los imprudentes agresores, sin ni aun tomarse el tiempo para revestir su armadura; los rechazan hácia la plaza, escalan los muros, echan abajo las puertas y entran impetuosamente en Beziers detrás de los insensatos que fuceton á desafiarles.» «Ellos dan el asalto, dice Pedro de Vaux-Cernoy, sin saberlo los gentiles hombres del ejército, y en la misma hora se apoderan de la ciudad.» «Los *truhanes* y la demás gente perdida del ejército, dice el abate Arnaud, sin esperar la órden de los jefes, invadieron

la ciudad.» Guillermo el Breton y el Anónimo provenzal atribuyen á los *truhanes* la iniciativa de la carnicería y eximen á los jefes de toda responsabilidad. No hay, pues, lugar para el diálogo inventado por Cesario.

En cuanto á los cien mil habitantes de Beziers, ellos se reducen ciertamente á doce ó quince mil; y M. Domairon de Beziers, despues de una larga discusion muy circunstanciada, topográfica á la vez y arqueológica, fija en siete mil el número de los desdichados que perecieron en dicha matanza; y siempre es demasiado. No obstante, los revoltosos no debian olvidar que sembrando vientos se recogen tempestades.

El papa Zacarías y los Antípodas.—En una carta á san Bonifacio, citada por Baronio en sus *Anales*, en el año 749, el papa Zacarías supónese que dijo respecto de Virgilio, obispo, á quien Bonifacio, segun se cuenta, denunció por enseñar que habia Antípodas: «Expulsadle de la Iglesia despues de haberle, en el seno de un concilio, depuesto de su sacerdocio.» Pues bien, en la carta de Zacarías no se trata en manera alguna de Antípodas, sino de otro mundo, de otros hombres colocados debajo de la tierra y que no hubieran descendido de Adán, de otro sol y de otra tierra. Dichos antípodas, evidentemente, no son los antípodas de la ciencia, que, siendo de la misma especie que nosotros, tienen el mismo sol y la misma tierra que nosotros... El tan ensalzado Ciceron es quien en el *Sueño de Escipion*, y hablando de las dos zonas que considera como únicas habitables, hace decir á su héroe que aquellos que habitan la zona austral templada son de una especie distinta de la nuestra y nada tienen de comun con nosotros.

El M. Tyndall, en su famoso discurso de Belfast, tuvo tambien la ocurrencia de reprochar á la Iglesia su pretendida negacion de los antípodas. (*La Fe y la Ciencia*, pág. 34.) «Así sucedió que en la época en que fué discutida la famosa cuestion de los antípodas, hácia el año 400

de J. C. la Biblia vino á ser para ellos (los cristianos) el arbitro supremo. San Agustin admitia voluntariamente la rotundidad de la tierra, mas no la existencia en otro hemisferio, puesto que su raza no se hallaba mencionada en el *Génesis* entre los descendientes del primer hombre. El arzobispo Bonifacio sintióse escandalizado por la suposicion de que pudieran existir seres humanos fuera del alcance de la salvacion.» El M. Tyndall ha obrado muy injustamente en hacer bafa de la ciencia del grande obispo de Hipona, apoyándose en una falsa cita. Hé aqui el texto mismo de san Agustin en su libro *De la Ciudad de Dios* (cap. IV): «Para que haya Antípodas, no es suficiente que la tierra sea un globo redondo; no basta siquiera que debajo de nosotros sea árida ó sólida, menester seria además que los descendientes de Noé hubieran podido llegar ó trasladarse allí... Ahora bien, paréceme absurdo el decir que algunos hombres, salidos de aqui, hayan podido, navegando al través de la inmensidad del océano, abordar las tierras que están debajo de nuestros pies.» Hé aqui todo el razonamiento de san Agustin, apoyado en su creencia profunda y sobrenatural, de la cual participan todavía hoy la mayor parte de los sabios que hacen autoridat, de que el monogenismo es una gran verdad, y que todas las razas humanas que pueblan la tierra salieron de Adán por Noé. Lo que san Agustin niega, no es la posibilidad de los Antípodas, es el progreso de la navegacion. El ignoraba, lo confesamos, puesto que á duras penas lo sabemos nosotros mismos, que unos buques muy pequeños, que simples barcos arrastrados por unas corrientes que nosotros sólo conocemos desde algunos años, hubieran podido abordar las islas más apartadas y poblarlas de habitantes. San Agustin evidentemente no habia hecho el profundo estudio de M. de Quatreféges sobre los polinesios y sus emigraciones. La doctrina de los Antípodas reside toda entera en la tierra globulosa y redonda. Las citaciones inexactas de M. Tyndall carecen de oportunidad. Es muy peligroso el acudir á fuentes sospechosas y

emponzoñadas; puesto que con ello se vá á parar fatalmente al error y á la mentira.

Los crímenes de santa Clotilde.—Clotilde no es una mujer ordinaria; las virtudes heroicas la hicieron elevar al rango de las santas. San Gregorio de Tours ha dicho de ella. (*Hist. eccl. Franc.*, lib. X, cap. XXX): «La reina Clotilde mostróse tal y tan grande, que ella forma el honor de todos... Ni la dignidad real de sus hijos, ni la ambicion del mundo, ni la riqueza pudieron arrastrarla por el orgullo á su perdicion, sino que su humildad la encumbró por la gracia.» Y esa pura aureola es la que quiere verse empañada por algunos sentimientos muy opuestos á las reglas de la moral evangélica, por una sed de venganza cruel hasta la locura. A la pluma misma de Gregorio de Tours, el panegirista de santa Clotilde, viviendo ella misma en Tours, y que él dice haber llegado á la gracia por la humildad, es á la que se achaca dicha acusacion. Hé aquí el texto del padre de nuestra historia: «La reina Clotilde, dirigiéndose á Clodomiro y á sus demás hijos, les dijo:—Que yo no tenga que arrepentirme, queridos hijos míos, de haberos criado con mi ternura; que vuestra indignacion, yo os lo ruego, sienta mi ultraje, y emplee un celo ardiente en vengar la muerte de mi padre!—Ellos, despues de haberlo oído, dirigense hácia la Borgoña y marchan contra Segismundo y su hermano Godomar.» (*Hist. eccl. Franc.*, lib. III, cap. VI.) Esa reseña es de tal suerte inverosímil, sobre todo, no nos cansemos de repetirlo, bajo la pluma de Gregorio de Tours, entusiasta de Clotilde, que es preciso absolutamente creer en una interpolacion. Esta mujer tan vengativa hoy, tan irritada contra su hijo, ¿hubiera olvidado su venganza durante toda la vida del culpable? hubiera podido inducir á Clovis á no conceder la paz á Gondebaudo, encerrado en Aviñon, y á perseguir de muerte al asesino de su familia? hubiera podido escitar á Clovis contra Gondebaudo, cuando este, violando los tratados, rehusó pagar el tributo al rey fran-

co y se apoderó de los Estados de Godegisel? Por el contrario, en 507, ella permitió, con toda caridad y benignidad, á Clovis contraer alianza con Gondebaudo contra Alarico. Y hé aquí que de repente esa venganza que dormita desde treinta años, á la faz, por decirlo así, de aquel que debía escitarla, despierta despues de la muerte del culpable y toma por blanco de sus furrores á un inocente. Contra san Segismundo es contra quien ella lanza los impetuosos batallones de los tres reyes francos. Todos los historiadores, M. Enrique Martin mismo, calumniador á su vez de Clotilde, segun veremos muy luego, están unánimes en declarar que la invasion de la Burgondia era probablemente cosa convenida entre ellos (los tres reyes francos). No es, pues, dudoso que el discurso de Clotilde á sus hijos sea una fábula inventada, sea por ellos, para descargarse de lo odioso de aquella guerra cruel, sea por algunos cortesanos celosos de escusar la conducta de los principes; y que haya sido interpolada por alguna mano indiscreta ó malévola en la crónica de Gregorio de Tours. El grande historiador habia previsto dichas interpolaciones, cuando, al final de su grande obra (lib. X, cap. XXXI), hace á los sacerdotes de Tours esta recomendacion: «Que nunca hagais copiar dictando ciertas partes y omitiendo las demás, sino que debéis conservarlas todas en su integridad y sin alteracion.» Sí, la crónica de san Gregorio de Tours ha sido interpolada en esta parte, como en muchas otras, conforme han creído algunas autoridades notables y en gran número.

El segundo crimen imputado á Clotilde es referido así por M. H. Martin, segun Fredegairre. «El cortejo que conducia á Clotilde á Francia es sabedor, en su camino, de que Aredio ha vuelto de su mision en el imperio de Oriente. Clotilde, á esa noticia, sube á caballo... gana el territorio de Troyes, primera ciudad del reino de Clovis, que le está aguardando en *Villanacum*. Empero, antes de salvar la frontera, Clotilde ruega á sus conductores que salqueen é incendien dos leguas de país de Burgondia á

uno y otro lado del camino. Va á pedirse el permiso á Clovis que se apresuró á concederlo, y los francos ponen manos á la obra. «¡Dios todopoderoso, gracias te doy, esclama entonces santa Clotilde, yo quiero, en fin, dar principio á la venganza de mis padres y hermanos!» Qué tejido de inverosimilitudes! Una pequeña escolta, teniendo á la zaga á los soldados de Gondebaudo, halla tiempo para expedir un mensaje á Clovis y para recibir su respuesta, para llevar á cabo su tarea de devastar dos leguas de territorio, es decir, de saquearlas ó incendiarlas; verdadero *casus belli*! Qué satisfaccion tan bárbara! qué súplica tan singular dirigida á Dios en vísperas de un matrimonio! M. Enrique Martin alega por excusa el ardor germánico de Clotilde, y añade, haciendo alusion al pretendido discurso dirigido á sus hijos: «Clotilde manifestó mucho tiempo con terribles señales ese espíritu ciego é implacable.» Más él se contradice á sí mismo de antemano, haciendo preceder á su reseña esta declaracion: «Aquella union y sus graves consecuencias impresionaron la imaginacion del pueblo, y el casamiento vino á ser el tema de narraciones novelescas que fueron engalanándose y embelleciéndose de generacion en generacion.» ¿Qué hay de más novelesco que la calaverada vengadora y devastadora de la jóven desposada? Rechacémosla, sin ni siquiera informarnos de la fuente de donde pudo salir.

La usurpacion de Pepino el Breve, consagrada por el papa Zacarias.—«En el año 751, dice Eginhard, Bernardo, obispo de Warsburgo, y Fulrado, abate de San Dionisio, fueron enviados á Roma con la mision de someter al papa Zacarias esta cuestion: «¿A quién es más justo dar el nombre de rey; á aquel que no tiene de la autoridad real más que el nombre, ó á aquel que la posee toda entera sin el nombre?» El papa respondió: «El justo y razonable que aquel que tiene toda la potestad real tenga igualmente el nombre de rey.» El año siguiente Pepino el Breve fué elegido rey de los francos, consagrado por el santo arzo-

bispo de Maguncia, Bonifacio, y segun la costumbre, elevado sobre el pavé en la ciudad de Soissons. La decision del papa Zacarias ha sido objeto de las críticas más diversas: hásele tildado de injusticia, de ingerencia sobre el dominio temporal de los reyes, etc. Pidamos su justificacion á tres autoridades respetables, Bossuet, Fenelon y Chateaubriand.

Bossuet: «El Pontífice es consultado en una cuestion imponente y dudosa; si es permitido dar el título de rey á aquel que tiene ya la potestad real. Él responde que eso es permitido. Tal respuesta, emanada de la autoridad más grande que haya en el mundo, es considerada como una decision justa y legitima. En virtud de dicha autoridad, la nacion por sí misma quita el reino á Childerico y lo traspasa á Pepino; puesto que ella no se dirigia al Pontífice, para que este quitara ó diera por su mano el reino, sino que declaró que el reino podia ser dado por aquellos que él juzgara en el derecho de hacerlo.» (*Defensio cleri Gallie.*, lib. XI, col. XXXIV.)

Fenelon: «El papa Zacarias respondió solamente á la consulta de los franceses, como el principal doctor y pastor, á quien toca resolver los casos particulares de conciencia para poner á las almas en seguridad.. Así la Iglesia no destituia ni investia á los principes laicos; ella respondia solamente á las naciones que le consultaban sobre aquello que se refiere á la conciencia, bajo el concepto de pacto ó de juramento. No hay ahí un poder jurídico y civil, sino solamente directivo ordenativo, tal como lo prueba Gerson.» (*Obras completas*, Versalles, tomo II, página 382.)

Chateaubriand: «El tratar de usurpacion el advenimiento de Pepino á la corona es una de esas antiguas mentiras históricas que se convierten en verdades á fuerza de ser repetidas. No hay usurpacion alguna allí donde la monarquía es electiva; en tal caso la usurpacion está en el heredamiento. Pepino fué elegido por acuerdo y consentimiento de todos los francos; estas son las palabras del pri-

mer continuador de Fredegario. El papa Zacarías, una vez consultado, tuvo razon de responder: «Me parece bueno y conveniente que sea rey aquel que, sin tener el nombre de tal, tiene el poder de tal, con preferencia á aquel que, llevando el nombre de rey, no conserva la autoridad de tal...»

El hecho mismo de la consulta dirigida al papa Zacarías prueba que el derecho público, el derecho de gentes de aquella época, reconocía en el soberano Pontífice, al menos en ciertos casos extremos, el ejercicio de su autoridad soberana, limitada de hecho al dominio de la conciencia. Todavía en 1830, los obispos de Francia pidieron al soberano Pontífice si podían prestar juramento de fidelidad á Luis Felipe, elegido rey por la cámara de los diputados que representaba á la Nación.

La caída del papa Liberio.—Teodoreto, en su *Historia eclesiástica*, lib. II, cap. XIV, refiere muy circunstancialmente la entrevista en Milán del papa Liberio con el emperador Constancio, que le había llamado allí para inducirle á firmar un juicio decretado contra san Anastasio por los obispos arrianos de Oriente; el diálogo sostenido entre ambos interlocutores redundó enteramente en honor de Liberio, y termina así: «*El Emperador.* Teneis tres dias para deliberar, si quereis firmar ó volveros á Roma. *El Papa.* El espacio de tres dias ó de tres semanas no cambiará mi resolucio[n]; enviadme, pues, allí donde os plazca.» Teodoreto refiere luego el destierro y el regreso á Roma de Liberio: «Aquel victorioso atleta de la verdad había sido deportado á Tracia por orden del emperador. Allí pasó dos años. Durante tal interva[lo], Constancio tuvo el antojo de visitar á Roma, que él no conocía todavía.... Las matronas romanas fueron, magníficamente adornadas, á postrarse á las plantas del emperador, rogándole que tuviera piedad de aquella gran ciudad privada de su pastor, y entregada como una presa á los lobos devoradores... Este dejóse ablandar: mandó volver al ilustre y

digno desterrado, añadiendo que él gobernaria á la Iglesia con Felix (diácono que había sido consagrado obispo de Roma desde la partida de Liberio)... El rescripto imperial, así formulado, fué leído delante de todo el pueblo congregado en el circo. Un clamor irónico levantóse de todas las filas... Despues de esa primera explosion, el pueblo entero se puso á gritar con una sola voz: «¡Un Dios! ¡un Cristo! ¡un Obispo!» A consecuencia de aquella manifestacion digna de un pueblo cristiano, el admirable Liberio regresó á su ciudad episcopal, y Félix fué á residir en otra ciudad.» Bien claro se vé que todo en esa reseña recae en elogio de Liberio, y que no es cuestion ni de apostasia, ni de comunicacion con los arrianos, ni de adhesion al simbolo de un pretendido conciliábulo herético ó cismático de Sirmium. Teodoreto, por otra parte, había nacido en 387, treinta años solamente despues de los sucesos que refiere.

San Anastasio, que hubiera debido estar informado de los rumores calumniosos espareidos contra el honor de Liberio, no solamente no los menciona, sino que dice de él y de Osio, obispo de Córdoba (*Apología contra los arrianos*, cap. XC): «Esos dos grandes hombres enseñaron á nuestros postreros descendientes la manera de luchar hasta la muerte por la defensa de la verdad.» Rufino de Aquileya es un poco menos afirmativo que Teodoreto. Ignora si el llamamiento tuvo lugar por haber firmado Liberio alguna fórmula á gusto del emperador, ó si el emperador no hizo más que ceder á las instancias del pueblo romano. Sócrates de Constantinopla dice simplemente: «Liberio no tardó en ser llamado de su destierro. En una sedic[i]on, el pueblo romano expulsó á Félix.» El emperador muy á pesar suyo (Liberio, pues, nada había firmado), vióse obligado á otorgar la vuelta del papa legítimo.» Sozomeno (*Historia de la Iglesia*, lib. IV, cap. XIII) hace en estos términos la relacion del regreso de Liberio y de sus resultados: «Basilio de Ancira, Brátostenes de Sebaste y Eleusio de Cicea, los cuales gozaban de más favor en la corte, pretendiendo que el término de «consustancial»

servía de pretexto para nuevos errores, lo suprimían... Querían que Liberio, Anastasio... y los otros orientales les secundaran con todos sus esfuerzos... Mas Liberio remitiéoles otra confesion de fé, por la cual anatematizaban á todo aquel que sostuviera que el Hijo no es de la misma sustancia que el Padre... Los arrianos quisieron hacer creer que Liberio habia rechazado lo de consubstancial... Sin embargo, Constancio dispuso que el Pontífice volviera á Roma. Al mismo tiempo ordenaba al pueblo romano que le recibiera juntamente con Félix, para administrar la Iglesia de comun concierto. Mas los romanos profesaban hácia el ilustre y gran Liberio una admiracion profunda. Le aclamaban por haber resistido con mas teson, en materia de fé, á los designios del emperador. Un verdadero motin tuvo lugar en la ciudad en favor de Liberio; la sangre corrió. Félix sobrevivió poco tiempo á tales sucesos. Liberio gobernó solo á la Iglesia.» Si él habia cedido cobardemente á las instancias de los orientales, ¿cómo Sozomeno hubiera podido decir que los romanos se felicitaban tanto más, en cuanto habian resistido con más energia á los designios del emperador en materia de fé?

El *Menologium Basilium* ó martirologio griego, que goza de autoridad tan grande, inscribe el nombre de Liberio con fecha del 27 de agosto. Le llama el intrépido defensor de la verdad... que acogió como al héroe de Jesucristo á Atanasio el grande... que se opuso con energia á la propagacion del error, y fué por tal hecho deportado. Y añade: «Los romanos, en la invencible adhesion hácia el santo Pontífice, fueron á pedirle de nuevo al emperador: su demanda fué acogida. Liberio volvió al seno de su rebaño, lo gobernó santamente y murió.» ¿Qué puede haber de más explícito y de más claro? San Ambrosio, que habia conocido á Liberio, jamás le llama sino santo Pontífice, y san Basilio le apellida el «muy bienaventurado papa Liberio;» san Epifanio profesa respecto de él la misma admiracion... El papa Siricio, separado de él sólo

por el papa Dámaso, invoca la autoridad de su predecesor de «venerable memoria», etc.

A dichos testimonios auténticos y contemporáneos, háse querido hacer una excepcion respecto de san Jerónimo. La crónica que lleva su nombre, contiene un pasaje que parece autorizar la creencia en la caída de Liberio. Mas los Bolandistas han atestiguado que tal pasaje falta en los ejemplares más antiguos y más autorizados de aquella crónica, por ejemplo en el manuscrito de la biblioteca del Vaticano. Esa ausencia puesta en cotejo con la contradiccion fragante que resulta de la admision del papa Liberio en el martirologio jeronimiano, adquiere una importancia capital. Ella prueba que la mision de la caída de Liberio en la crónica de san Jerónimo es una interpelacion póstuma, y que no es debida en manera alguna á la pluma del gran doctor.

Opónense tres documentos encaminados á probar que Liberio no fué sacado del destierro, sino despues de haber abjurado la fe católica, y haber entrado en comunicacion con los arrianos.

1.º La relacion del *Liber Pontificalis*, dedicado á San Liberio: «Este se sometió á las órdenes del emperador, prometió no comunicar más con los herejes, con la condicion de que no se exigiera su rebaptizacion... Así abandonó su destierro; pero no osando regresar á Roma, permaneció en el cementerio de Santa Inés, al lado de Constancia, prima del emperador... El emperador proponíase hacer celebrar un concilio, cuya presidencia deseaba conferir á Liberio... Hizole volver á Roma, y desde luego el concilio inauguró sus sesiones... Félix, el obispo católico, fué depuesto, y Liberio restablecido sobre la silla de Pedro... La persecucion contra el clero romano fué tan violenta, que un gran número de clérigos y sacerdotes fueron degollados al pié de los altares, y recibieron así la corona del martirio...» Dicha relacion plagada de errores y contradicciones es ciertamente obra de los arrianos. Liberio llamado del destierro por Constancio, con el cual

está perfectamente de acuerdo, intercede cerca de este para obtener una gracia que se halla ya ratificada. Todo el nudo de la dificultad teológica entre el emperador y el pontífice hubiera sido la cuestión de la rebaptización, lo cual es absurdo... El pretendido concilio de Roma jamás ha existido; ninguna huella se ha descubierto de él. No hubiera podido ser celebrado hasta el año 359, año de la vuelta de Liberio de su destierro de Berea. De todos modos no pudo efectuarse en presencia del emperador, que pasó los dos años 358 y 359 en la Panonia, ocupado en su expedición contra los cuadros y los sármatas.

Es falso que dicho pretendido concilio haya depuesto á Félix, que habría muerto en paz, en su *prediolum* de la via *Portuensis*, puesto que Félix fué decapitado en la ciudad de Sora por orden de Constancio. En 1582, descubrióse en el suelo de la iglesia de los santos mártires Cosme y Damian un sarcófago conteniendo el cuerpo del papa san Félix con esta inscripción grabada en el interior: *Corpus Sancti Felicis Martyris qui damnavit Constantium*. Félix sería, pues, quien en un concilio hubiera condenado á Constancio con sus cómplices, Ursacio y Valente. Es muy cierto que hubo en Roma varias persecuciones sangrientas contra el clero fiel, durante el pontificado de Liberio, mas este fué la víctima de ellas y no el autor.

2.º *Acta Sancti Eusebii*. En 1479, Mombricio, agiógrafo milanés, publicó una colección de *Acta sanctorum*. En el número de dichas actas hallábase una titulada *Vita sancti Eusebii presbyteri Romani*, cuyo resumen es el siguiente: «En el tiempo en que Liberio fué llamado del destierro por el hereje Constancio Augusto, bajo la condición de que él no rebaptizara al pueblo (en el *Liber Pontificalis* era de la rebaptización de Liberio de lo que se trataba).... Eusebio sacerdote de la ciudad de Roma tuvo á bien el declarar que Liberio, el amigo de Constancio, era un hereje... Conducido delante del emperador y de Liberio, Constancio le dijo: ¿Crees tú ser el solo verdadero cristiano de toda la ciudad de Roma?» Eusebio respondió:

«Nosotros hemos perseverado en la integridad de la doctrina; vosotros, por el contrario, movidos por la instigación del diablo y por un sentimiento de baja envidia, habeis condenado al destierro al obispo Félix, al pontífice verdaderamente católico..., cuya santidad es reconocida por todos... Á vuestras órdenes se debe que tantos cristianos, clérigos, sacerdotes y diáconos, hayan sido degollados...» Á estas palabras el furor de Constancio no conoció ya limites. Por consejo de Liberio ordenó que el sacerdote Eusebio fuera encerrado en su propia morada, despues de lo cual se durmió en el Señor... El emperador Constancio dió la orden de decapitar, aun en el interior de las iglesias y sin otra forma de proceso, á cualquiera que rehusara comunicar con Liberio y adherirse á su profesión de fé... La persecucion arreciaba así por orden de Constancio, de acuerdo con Liberio. Á la muerte de este último, Dámaso fué elevado á la silla pontificia. Su primer cuidado fué el reunir un concilio de veinte y ocho obispos y de veinte y siete sacerdotes, los cuales con voz unánime anatematizaron la memoria de Liberio.» Tales son las actas que Bossuet publicaba entre las notas de la *Defensa del clero galicano*, y de las cuales decía: «Ellas encierran en su simplicidad original un sabor de antigüedad que será apreciado de todos los hombres de buen gusto.» Ahora bien, lo que sorprende ante todo en dicho documento es su perfecta conformidad con la relacion de Liberio, publicada en el *Liber Pontificalis*; y como dicha relacion, es igualmente desmentido por la cronología, la historia y los monumentos. Él refiere muy al pormenor el diálogo que se hubiera entablado en Roma, entre san Eusebio, por una parte, y Constancio y Liberio, por otra, despues del llamamiento de este último, el año 359. Pues bien, es cierto que el emperador Constancio jamás volvió á poner sus piés en la ciudad de Roma, despues del mes que pasó allí en 358, inmediatamente despues del destierro del papa Liberio. Constancio jamás se encontró en Roma con Liberio, luego el diálogo de las *actas* es completa-

mente apócrifo. Dichas actas, por lo demás, como en el *Liber Pontificalis*, hacen morir al papa san Félix en su *predicium*. Ahora bien; el monumento lapidario del cual hemos hablado ya, dice al mundo entero que san Félix fué decapitado por la fe... En fin, el pretendido concilio convocado en Roma por Dámaso, para la condenacion de un papa viviente, unido en comunión con san Atanasio, san Basilio, san Ambrosio y san Epifanio, es una fábula odiosa, refutada de antemano por un monumento auténtico, irrecusable, de la veneracion que Dámaso profesaba hácia Liberio. En una carta sinodal, escrita en nombre de ochenta y tres obispos reunidos en Roma, en el primer año de su pontificado, Dámaso se espresa en estos términos (*S. Damasi Epistola. Patrum latinorum*, tom. XIII, vol. 349): «Nos condenamos formalmente el arrianismo.» En vano se objetará contra dicha sentencia la autoridad del concilio de Rimini y el número de prelados que á él asistieron, puesto que es notorio que el obispo de Roma, Liberio, cuyo juicio es definitivo, y á quien hubiera debido consultarse en primer lugar, jamás quiso aprobar los decretos de aquella asamblea. Dicha carta de Dámaso es ciertamente auténtica, dado que ella es íntegramente reproducida por Teodoro. (*S. Eusebio*, lib. II, cap. XXIII.) En cuanto á las actas de san Eusebio, la mano criminal del interpolador arriano se manifiesta en esta mencion incidental formulada en medio del relato: *Qui etiam Orosius hec scripsit*. Un cronista jamás suscribe de una manera tan torpe: sólo un falsario pudo sentir la necesidad de colocar su nombre bajo el amparo de un nombre tan autorizado.

3.º Háse metido mucho ruido tambien respecto de dos pretendidas cartas de Liberio, descubiertas por un erudito, Nicolás Lefevre. En la primera, dirigida á sus muy amados hermanos, sacerdotes y obispos de Oriente, Liberio hubiera dicho: «Renuncio á defender á Atanasio... Desde que he sabido que vosotros habiais condenado al patriarca, me he adherido inmediatamente á vuestro pare-

cer... Al arrojar, pues, á Atanasio de la comunión católica, intenté conservar la paz y la comunión con todos vosotros... He suscrito la profesion de fe hecha... en el concilio de Sirmium, en mi presencia y delante de mis hermanos y obispos... Procurad, de comun acuerdo, trabajar todos para obtener el levantamiento de mi destierro y la gracia de que se me permita entrar de nuevo en posesion de la silla que me ha sido divinamente confiada.»

En la segunda, dirigida á Ursacio, Valente y Germinio, se lee: «Sepa, pues, vuestra prudencia, que antes aun de pasar á la corte del santo Emperador, yo habia ya condenado á Atanasio... y le declaré separado de la comunión de la Iglesia romana... He suplicado á Fortunaciono, nuestro hermano, que se dirigiera con mis cartas á la corte del muy clemente emperador Constancio Augusto, para pedirle... la autorizacion de volver al seno de la Iglesia que me fué divinamente confiada... Dicha carta os probará;... que yo estoy con la sencillez y la rectitud de mi corazon unido en comunión con vosotros todos, es decir, con la Iglesia católica.»

La tercera carta iria dirigida á Vicente de Capua, el legado traidor é infiel, cuya apostasia habia deplorado Liberio amargamente... «Creo de mi deber informar á Vuestra Santidad que vengo, en fin, á colocarme fuera del debate suscitado á propósito de Atanasio, y que he escrito en tal sentido á nuestros hermanos los obispos de Oriente. Dignaos reunir á todos los obispos de Campania para enterarles del caso y para dirigir al muy clemente Emperador una esposicion que ponga término á la horrible situacion en la cual me hallo sumido... Yo me he puesto, en aquello que me concierne, en gracia con Dios.»

Hé aquí esas cartas inverosímiles á todas luces, zurcidas ciertamente con toda clase de embustes por los arrianos, y cuya autenticidad Bossuet, que las juzgaba sin embargo muy miserables, creyó deber admitir en las notas de su *Defensa*. Nos bastará atestiguar con un hecho muy grave la evidente falsa suposicion de las mismas. El manuscrito

de la Biblioteca de Pithou, de donde Nicolás Lefevre las había sacado, no era, como él creía, único en su género; y el célebre bolandista Stilling (*Acta Sancti Liberii*, tomo VI, setiembre, páginas 572 á 633, á las cuales nos remitimos) encontró muchas copias de dichas pretendidas letras pontificias en las diversas bibliotecas de Europa. Ahora bien, cada una de tales copias contenía adiciones ó lagunas considerables, enteramente distintas entre sí, de suerte que, hoy mismo fuera imposible averiguar cuál fué la relacion primitiva de aquellos fragmentos apócrifos... Ellos están atestados, por otra parte, de imposibilidades materiales; san Atanasio testifica auténticamente que Liberio jamás le condenó. Ahora bien, las pretendidas cartas no sólo dicen lo contrario; afirman además que un concilio de Campania, reunido por instigacion de Liberio, condenó al patriarca de Alejandria. En cambio no se encuentra en la historia indicio alguno de tal concilio, que los tiempos mismos no hubieran permitido reunir entre las dos persecuciones, la arriana de Constancio y la pagana de Juliano el apóstata, que se sucedieron sin interrupcion. Liberio tomaria por testigo á todo el *presbyterium* romano, que antes de partir para el destierro habia dirigido á toda la cristiandad letras conteniendo la condenacion de Atanasio. Pues bien, Liberio no fué enviado al destierro hasta despues de su diálogo enteramente histórico con Constancio, es decir, únicamente por no haber querido suscribir la condenacion de Atanasio... Toda la ciudad de Roma sabia que Liberio habia resistido enérgicamente al Emperador; el motín del circo, no menos que el mensaje de las damas romanas, lo prueba sobradamente.

En cuanto al estilo de las pretendidas letras, segun confesion de todos, no podia ser más deplorable. ¿Cómo es posible, decia Stilling, que unos hombres tales como Baronio, Bossuet y otros, se hayan dejado alucinar por aquellas frases groseras, que hubieran debido rechazar con indignacion, tanto más en cuanto en nada se parecian

á las demás piezas auténticas que poseemos de aquel gran papa.

Es, pues, muy natural que la *ciencia actual* haya desvirtuado el juicio del siglo xvii y proclamado la completa inocencia de Liberio. La pretendida caída de este es una solemne mentira histórica. El triunfo será todavía mas completo, cuando se habrá encontrado la segunda parte de las *Acta sancti Liberii*, de las cuales la primera parte es como un monumento auténtico y solemne de la pureza de su fe, tocante á los misterios de la Trinidad y de la Encarnacion, misterios que él espone casi con el lenguaje eminentemente ortodoxo de san Atanasio.

Entre tanto la arqueología romana acaba de descubrir un sarcófago construido muy ciertamente en la segunda mitad del siglo iv, es decir, hácia el año 360, fecha de la supuesta caída del papa Liberio, en que la primacia y la indefectibilidad de la Silla de Pedro se hallan representadas bajo imágenes tan sorprendentes, que es imposible no ver en ellas una protesta enérgica contra las calumnias que los arrianos han acumulado sobre la memoria de Liberio. El escultor ha representado á nuestro Señor Jesucristo, dando á Pedro *la Vara* de Moisés, es decir, la plenitud de la autoridad administrativa, judiciaria y dogmática. No son ya solamente las llaves, emblema evangélico, que hubiera podido interpretarse en un sentido harto exclusivamente espiritual. Es la vara milagrosa que Pedro, rodeado de los demás apóstoles, recibe solo, como insignia de una autoridad que no tiene igual en el mundo. El la toma en su mano, y un segundo grupo lapidario nos enseña el uso que hizo de ella desde luego. De pié delante de una grandiosa peña, teniendo la mano izquierda envuelta en el paño en que recibió las llaves del cielo, con la mano derecha armada con la vara milagrosa, hiere la roca estéril, de donde brotan inmediatamente raudales de aguas vivas. A la corriente de aquellas olas saludables de la verdad y santidad, van á beber postradas muchedumbres de toda edad y de toda condicion. Sin em-

bargo, Pedro tiene siempre en alto la vara del milagro, la vara de la potestad. Hé aquí cómo los contemporáneos de san Liberio juzgaban la cuestion de la indefectibilidad dogmática de los sucesores de san Pedro. Dicho monumento lapidario hállase hoy depositado en el Museo cristiano de Letran, fundado por Pio IX, y confiado á la sabia direccion de M. de Rossi. (El abate *Darras, Historia general de la Iglesia*, tomo IX página 1459). Aconsejamos á nuestros lectores que lean en esta escelente obra la defensa plena y cabal de Liberio, que aquí no hemos podido hacer más que reasumir.

Los crímenes de Alejandro VI, Rodrigo Borgia.—Hemos tenido una mira especial en vengar plenamente la memoria de Liberio, puesto que el crimen de que se le acusaba hubiera sido un mentís dado á la promesa solemne de Jesucristo: «Yo he rogado por tí, Pedro, á fin de que tu fe no desfallezca...» «Hé aquí que yo estoy contigo hasta la consumacion de los siglos.» No tenemos el mismo interés en rehabilitar á Alejandro VI, atendido que todos convienen en que no faltó jamás en materia de fe, al menos ostensiblemente y con escándalo, y pudiéramos hacer aquí la aplicacion de este otro oráculo del divino Salvador: «Los escribas y los fariseos están sentados en la cátedra de Moisés: haced lo que ellos os dicen, pero no hagáis lo que ellos hacen.» Entre los doce apóstoles escogidos por Jesucristo mismo encontré un monstruo. Judas; nada tendria, pues, de extraño que algunos de los tan numerosos sucesores de san Pedro, elegidos por hombres, hubiesen sido grandes pecadores. Mas, si es cierto que puedan reprocharse muchas faltas á Alejandro VI, no podrá acusársele de debilidad ó de extravío en su linea de conducta religiosa y política. Su valor parece acrecentarse con los reveses; los pretendidos errores de su vida privada jamás se reflejaron en su conducta como papa. Ahí hay aun una grandísima enseñanza que se desprende de la historia de su pontificado. Su Bulario tiene un valor

muy grande. La lista de sus letras y demás escritos, compuestos durante un pontificado tan corto como revuello, es larga y muy variada; ella atestigua á la vez su habilidad, su energia y su talento. Fuera sin embargo un consuelo muy grande el saber que este gran papa, de quien Guicciardini mismo, su mayor enemigo, dice: «Todo el mundo admiraba su prudencia, su rara perspicacia, su penetracion, su elocuencia que se elevaba á la mayor altura, su actividad, su acierto, en fin, en todas sus empresas, etc.»—no merece la odiosa reputacion, que con tanto empeño quiérese atribuirle. Procurémosnos tal consuelo con M. Barthelemy. Hagamos constar en primer lugar que sus acusadores no merecen confianza alguna. Maquiavelo pasó una gran parte de su vida en conspirar. Aborrecia á César Borgia, aunque mostrara hácia él una grande admiracion. No es en él, por otra parte, donde se encuentran las calumnias monstruosas con las cuales háse querido desdorar la memoria de Alejandro VI. La mala fé de Guicciardini es tal, que Bayle no ha vacilado en decir de él, en su *Diccionario histórico*: «Guicciardini merece el odio, se hace reo del pecado de los gacetilleros.» Voltaire le acusa de impostura con motivo de la muerte de Alejandro VI, y él se ha hecho justicia á sí mismo, suplicando en su lecho de muerte que se quemara su *Historia de Italia*. Pablo Jove era un escritor venal y apasionado, que tenia dos plumas, una de oro y otra de hierro, para tratar á los principes segun las mercedes que de ellos recibia. «Él habia organizado, dice Bayle, una especie de banca; prometia una antigua genealogía y una gloria inmortal á todos los bribones que pagaran bien su trabajo, y dejaba muy mal parados á todos aquellos que no compraban sus mentiras.» Tomás Tomasi, dice M. Favé (*Estudios críticos*), parece haberse propuesto dos fines: el uno hacer la corte á la duquesa de Florencia, princesa de la familia de Rovere, denigrando á Alejandro VI; el otro, mostrar en César Borgia un tipo de monstruosidad para dejar muy atrás á la imaginacion más desvergonzada.» Y Burchard, maestro

de ceremonias de la corte de Roma desde 1483, que murió más tarde siendo obispo de Città di Castello? Su *Diarium* fué encontrado en primer lugar por los protestantes. Las diversas ediciones que se hicieron de él difieren entre sí y son á menudo contradictorias... Nada prueba que el galimatías al cual se ha atribuido su nombre sea obra suya. En todo caso él no habia querido que viera la luz pública.

Dichos historiadores forman tan escasa autoridad, que no solamente se tiene el derecho de mirar con cierta desconfianza cuanto se ha escrito en pro y en contra de Alejandro VI, sino que es menester absolutamente rechazarlo.

Importa asimismo hacer constar que el motivo principal de las acusaciones lanzadas contra él, es porque se sirvió de César Borgia para defender los dominios pontificios con la fuerza de las armas contra los príncipes italianos y sus aliados extranjeros, y porque aquellos que le atacan con más rudeza, insisten sobre todo en la conducta de César, lo cual prueba que no admiten, ó al menos, dudan si fué lícito el defender con las armas en la mano el patrimonio de San Pedro. La memoria de Alejandro VI se ha hecho importuna, porque, sobre todo desde su pontificado, fué cuando los papas empezaron á figurar como poder secular, como reyes, y cuando Italia vió restablecerse su unidad sobre las ruinas de un enjambre de reyezuelos que se habian dividido su territorio. Vengamos á los crímenes que se imputan á Alejandro VI.

I. Administrador de la curia arzobispal de Valencia y cardenal, el futuro papa tuvo acaso varios hijos de Julia Farnese? Más esas dos dignidades no exigian que él permaneciera por las órdenes consagrado al celibato. No está probado de ningun modo que no estuviera legítimamente casado con Julia Farnese, y que sus hijos no fueran legítimos. Su matrimonio hubiera permanecido secreto á fin de sustraerse á las reeriminaciones que hubiera suscitado. ¿Cómo su tío Calisto III, pontífice pia-

doso y venerable, hubiera podido cerrar los ojos ante un concubinato escandaloso? El historiador Felipe de Commines y el *Cuatro del reinado de Carlos VIII* no dan á los hijos de Borgia el nombre de *bastardos*, que no perdonan á los príncipes de la sangre siempre que hay lugar para aplicárselo. Todos los historiadores convienen en que tuvo sus hijos más de veinte años antes de ser elegido papa, y antes de ingresar en las órdenes sagradas, lo cual tuvo lugar en 1478, cuando Sixto V le nombró obispo de Alba. Casi se pudiera afirmar que nada hubo en la juventud y en la edad madura de Alejandro VI, que reflejara una vida de desórdenes y de inmoralidad.

II. La acusacion de incesto no merece siquiera ser discutida. «La licencia del siglo en que Lucrecia vivió, dice Roscoe, el historiador protestante de Leon X, da á las acusaciones de ese género una inverosimilitud de que carecerían en otros tiempos: puesto que se señalaban sobre todo la mentira y la calumnia entre los oficios que reinaban á la sazón.» Y fundado en ello Roscoe, trata de probar que Lucrecia Borgia no fué tal cual la pintan algunos poetas satíricos, servidores de príncipes enemigos de los Borgia, y varios historiadores que se complacen en referir habillitas..... «¿Es creíble, dice un historiador sensato, el abate Jerry (*Historia del papa Alejandro VI*), que Hércules de Ferrara y su hijo Alfonso de Este, dos príncipes cuyas virtudes y talentos, sea en la paz, sea en la guerra, les elevaron al primer rango entre los soberanos de su siglo, hubieran consentido en perpetuar su raza por medio de una mujer corrompida, cuya vergüenza é infamia habrían sido públicas y sabidas de todos?» Algunos historiadores contemporáneos citados por Roscoe llaman á Lucrecia una mujer perfecta, la princesa más adornada de todas las virtudes.

III. La tercera grande acusacion contra Alejandro VI es que fué simoníaco, que compró el soberano pontificado. Hé aquí la página acusadora de Burchard: «El año 1492, el duodécimo día de agosto, desde la mañana, Rodri-

go Borgia, creado papa, tomó el nombre de Alejandro VI. Desde luego distribuyó todos sus bienes.... al cardenal Orsini....., al cardenal Ascagne...., al cardenal Colonna...., al cardenal San-Angelo...., al cardenal de Parma... Otros recibieron, según se dice, algunos miles de ducados. Gratificó con cinco mil ducados á un cardenal Blanco de Venecia, recientemente nombrado cardenal, y lo hizo para obtener su voto.» ¿Quién sabe si estas crueles palabras del final, *pro habenda voce sua*, no fueron añadidas al texto de Burchard, que él por lo demás no afirma y repite un *se dice*? La distribución, no de los bienes, sino de las dignidades, se explica muy naturalmente sin necesidad de hacer intervenir la simonía. Una vez papa, el cardenal Borgia no podía ya ser vice-canciller de la Iglesia romana, ni abad de Subiaco, ni obispo de Porto, etc. Hé aquí porque trasfiere sus títulos á otros cardenales. Varias otras personas fueron nombradas también naturalmente gobernadores de ciudades cuyos beneficiados ó titulares habían fallecido. En cuanto al cardenal Blanco, era un fraile pobre, sin fortuna particular, que era preciso socorrer para que pudiera sostener su dignidad. Jamás elección alguna se había efectuado con más regularidad y prontitud. Los tiempos eran malos, y en su oración fúnebre de Inocencio VIII, Leonelli, obispo de Concordia, decía á los cardenales: «Dáos prisa en elegir un sucesor al papa difunto, porque Roma es á cada hora del día un teatro de homicidios y bandolerismo.» Los cardenales siguieron el consejo. Desde el siguiente día entraron en concclave, y el cardenal Borgia fué elegido. Había en él veinte y cinco cardenales; cinco de ellos se opusieron á la elección de Borgia. Burchard acusa á seis de los mismos de haber vendido sus votos. Restaría, pues, aun una mayoría de catorce votos independientes. No hubo allí protesta alguna, ni por parte de los cinco cardenales, que el *Diarium* designa como no habiendo querido aceptar, ni por parte del cardenal de Médicis, que fué más tarde Leon X, ni por parte del cardenal Piccolomini, que

fué posteriormente Pio III, ni por el cardenal de la Rovere, quien, por algunos lazos de familia, era antagonista de los Borgia, etc. Fuerte con su conciencia, en una alocución muy digna, Alejandro osó decir: «Dios está con Nos, y Él nos ha prometido su Espíritu.... Nos no dudamos de vuestra sumisión al jefe de la Iglesia: vosotros le obedeceréis como la grey de Cristo suele obedecer al primer Pastor.» Al mismo tiempo el pueblo que le aclamaba, dice un historiador, respiró como un enfermo que vé llegar al médico. No, mil veces no; la elección de Alejandro no fué simoníaca.

IV. Alejandro al decir de algunos, hubiera llamado á Carlos VIII á Italia, y luego se hubiera vuelto contra él. Oigamos al escritor protestante Roscoe (*Leon X*, cap. XII): «Carlos VIII hubiera enviado á Roma una embajada á cuyo frente puso á Aubigny, su general.... El objeto primordial de tal paso era el obtener de Su Santidad, con promesas ó con amenazas, la investidura de los Estados, objeto de la guerra... La respuesta de Su Santidad no fué favorable á Carlos VIII. Ella indicaba que la corona de Nápoles había sido conferida por tres veces por la Santa Sede á la casa de Aragon..., que dichas concesiones no podían ser anuladas. El papa no podía persuadirse de que Su Majestad Cristianísima quisiera disputar de esta suerte los derechos de la Iglesia, y aventurar á pesar de sus advertencias, una empresa injusta... Tales protestas fueron en seguida consignadas con mayor fuerza en un breve apostólico.» Alejandro VI no fué, pues, ni péfido, ni inconstante; él no llamó á los franceses á Italia, sino que permaneció fiel á los príncipes de Aragon, mientras que estos no le obligaran á volverse hácia el lado de la Francia.

V. Para libertar al pueblo del yugo de sus vasallos sublevados. Alejandro VI declaró, no sin pesar, que él sólo podía fiarse en su propia familia. Nombró á César su hijo, soberano de las Romanías. Eso es todavía un crimen de que se le acusa, mas esta vez queda vindicado

por Guicciardini mismo (*Historia de Italia*, lib. VI): «Muchas ciudades de la Romana, que habian experimentado que los antiguos principes solo hacian uso de su fuerza para oprimirles, permanecieron fieles á su nuevo soberano. Él debió este favor al cuidado que habia tenido de hacerles administrar equitativamente la justicia, de librarles de los bandidos que les saqueaban sin cesar, y de extinguir aquellas querellas que engendrabán tantas animosidades.»

VI. «Alejandro y César», dice un moderno historiador, el señor Mary-Lafon (*Roma moderna*)... que acumula en su reseña todas las calumnias de Guicciardini, de Tomasi y otros, al ver que la paga de su ejército agotaba el erario pontificio, resolvieron acabar á la vez dentro del Sacro Colegio, con los ancianos que no morían y con los jóvenes que al parecer debían vivir mucho tiempo. El 2 de Agosto de 1502 el papa invitó á todos aquellos á quienes deseaba heredar á una fiesta que daba..., para celebrar los triunfos de César Borgia, en su delicioso palacio de Belvedere. Dicha fiesta debía principiar con un banquete. César puso veneno en los frascos y los mandó con las instrucciones acostumbradas al repostero.» Este relato ha tenido el mérito de escitar la billa de Voltaire. «Preténdese, dice él, que en una apremiante necesidad de dinero, Alejandro quiso heredar á algunos cardenales; mas está probado que César Borgia tomó cien mil ducados del tesoro de su padre despues de su muerte. La necesidad no era, pues, real... No es difícil el inventar cuando se acusa.»

Mas volvamos al relato de Mary-Lafon. «Por un efecto del acaso, en el cual se vió el dedo de Dios, Alejandro descendió antes de la hora al Belvedere. El calor era sofocante, y quiso refrigerarse... Pídesse vino para el papa. El repostero sin saberlo dá un frasco envenenado. Alejandro bebió con avidez, y sintió acto continuo los efectos del veneno... César experimentó los mismos síntomas... Los dos fueron conducidos al Vaticano, y no volvieron á verse más en este mundo. Una vez muerto el papa,

curóse ocultar con presteza su cuerpo en una capilla subterránea de San Pedro. Mas el terror que inspiró en su vida fué tan grande, que la sola vista del cadáver infundía aun espanto á Roma.» Hé aquí de qué manera se osa desfigurar la historia, aun en vista de la reseña de Burckhard, de quien ha podido decirse que no se separaba del papa un solo instante, que le seguía á la capilla, al confistorio, á la mesa, á la cama, etc. «El sábado 12 de agosto de 1503, el papa sintióse indispuerto; declaróse una calentura que no le abandonó ya más;... el jueves 17, se confesó con monseñor Pierre, obispo de Cusin, que celebró en seguida misa delante de él..., y administró el sacramento de la Eucaristía al papa sobre su lecho... Cinco cardenales hallábanse presentes. El papa les dijo despues que se encontraba mal. A la hora de vísperas fué dada la Extrema-uncion por el obispo de Cusin, y espiró en presencia del Datario y del obispo.» Dejemos todavía protestar á Voltaire contra el odioso relato de Guicciardini engalanado y emponzoñado por Mary-Lafon:

«Yo me atrevo á decir á Guicciardini: la Europa ha sido engañada por vos, y vos lo habeis sido por vuestra pasión. Eráis el enemigo del papa, y os habeis dejado arrastrar demasiado por vuestro odio. Vos inferís que un papa de setenta y cinco años no murió de muerte natural; pretendéis por algunas relaciones vagas que un anciano monarca, cuyas arcas estaban llenas á la sazón de un millon de ducados de oro, quiso envenenar á varios cardenales para apoderarse de su ajuar. Mas dicho ajuar zera acaso de importancia? Aquellos efectos eran casi siempre arrebatados por los ayudas de cámara, antes que los papas pudieran hacerse cargo de algunos restos de ellos... ¿Cómo podeis creer que un papa prudente haya querido arriesgarse por un lucro tan mezquino á cometer una accion infame, una accion que requeria cómplices, y que tarde ó temprano hubiera sido descubierta? ¿No debo creer más bien al diario de la enfermedad del papa, que á un rumor popular? Dicho diario le hacé morir de una fiebre intermitente. No

existe el menor vestigio de pruebas en favor de la acusación intentada contra su memoria. Su hijo Borgia cayó enfermo en la época de la muerte de su padre: hé aquí el fundamento de la historia del veneno.»

La causa está juzgada, dice al terminar M. Barthelemy; uno puede atenerse al diario de Burchard y al juicio de Voltaire.

En vista de dicha rehabilitación de un gran papa y de un gran rey, tan indignamente calumniado, no podrá menos sin duda de repitirse con entusiasmo con José de Maistre, ese vidente de los tiempos modernos: «Vendrá un tiempo en que los papas, contra los cuales más se ha declamado y gritado, serán considerados en todos los países como los amigos, los tutores, los salvadores del género humano, los verdaderos genios constituyentes de la Europa.»

La mutilación de Leon.—Un papa cuyo reinado ha sido uno de los esplendores de la fé, fué igualmente objeto de una calumnia infame. San Leon III distinguióse desde su juventud eclesiástica por su elocuencia, por una gran firmeza de carácter, por su caridad y abundantes limosnas. Fué elegido papa de una voz unánime el 25 de diciembre de 795. Él se apresuró á notificar su elección á Carlomagno, que le respondió desde luego: «A Nos es á quien toca, con el auxilio del Señor, el defender en todos los lugares, con nuestras armas, la Iglesia de Dios, al exterior contra las incursiones y los estragos de los infieles, en el interior contra los herejes...»

Sin embargo, las virtudes del santo papa escitaron la envidia de dos sacerdotes ambiciosos, cuyas esperanzas habian sido defraudadas por la elección de aquel; y aquellos dos sacerdotes indignos, Pascal y Campulo, concibieron el proyecto de asesinarle, ó al menos de mutilar su cuerpo cruelmente. Sobornaron á una turba de bandidos, que no pararon hasta arrancarle los ojos, cortarle la lengua, etc... en la plaza pública primero, y luego al pié

del altar, en la iglesia del monasterio de los santos Estéban y Silvestre, y le arrastraron ciego enteramente á una cárcel sobre el monte Celio... Al saber la noticia del suceso, toda la ciudad conmoviése y estremeciése de horror... Mas pronto un milagro, atestiguado por un gran número de autores contemporáneos, vino á llenar de alborozo el corazón de los fieles, y á aumentar su veneración hacia el papa: Leon recobró el uso de la vista y de la palabra. La Iglesia romana conmemora tal milagro el 12 de junio, en los términos siguientes: «En Roma, en la basílica Vaticana, san Leon, papa, á quien Dios volvió milagrosamente el uso de los ojos, que le habian sido arrancados, y de la lengua que le habian sido cortado.»

Carlomagno sintiése vivamente afligido por las violencias ejercidas contra el soberano pontífice. Hacia ánimo de ir él mismo á restablecerle en Roma, donde los sediciosos eran todavía los dueños, cuando supo que el papa habia resuelto pasar á Paderborn. El rey dispusose á acoger al soberano pontífice como un mártir de la fé. Adelantóse á su encuentro, á corta distancia de Paderborn, donde la entrevista tuvo lugar. Toda la multitud de soldados y del pueblo que acudieron á presenciar aquel espectáculo solemne, fué colocada en un círculo inmenso, y Carlomagno, de pié en el centro, sobresalla con toda su cabeza en medio de aquella numerosa y vasta asamblea. En el momento en que el pontífice apareció en el recinto, tres veces aquella innumerable multitud, armada, pueblo y clero, postóse á los piés del Vicario de Jesucristo, y tres veces el papa la bendijo y rogó por ella. Carlomagno mismo, el héroe del occidente, inclinóse tres veces respetuosamente delante de Leon, el Pastor del mundo... Abrazáronse uno á otro derramando lágrimas de ternura y gozo. Leon III con voz conmovida entonó el himno de los ángeles, *Gloria in excelsis*, que su clero continuó. Carlomagno le condujo así, como en triunfo, hasta la iglesia de Paderborn, donde se dieron solemnes acciones de gracias á Dios.

La entrevista de Paderborn tuvo sus consecuencias en